

Saludos Jorge. Con respecto al tema que propone se me ocurren tres asuntos discutibles, relacionados con la investigación que llevo hecha para otras asignaturas. Los adjunto en forma de tres mensajes, de modo que si alguien quiere sumarse a alguna de las cuestiones propuestas le sea más asequible (disculpad el “spam”).

SOBRE LA EFICACIA DE LA MOVILIZACIÓN EN LA SOCIEDAD RED

Como ya apuntaron W. Lance Bennett y Alexandra Segerberg en *The Logic of Connective Action* (2012), cuando hablamos de asociacionismo a través de los *new media* cabe distinguir entre **acción conectiva** y **acción colectiva**. Esto significa, respectivamente, distinguir la mera capacidad técnica de conexión entre personas de las manifestaciones factuales que dichas conexiones generen (acción política en forma de hechos constatables, más allá de la interacción dentro de las plataformas).

En la misma línea aunque con matices, José van Dijk (2012) distinguió en *The Culture of Connectivity* entre los conceptos **connectivity** y **connectedness**; entre ese potencial de conectar por medios técnicos y la capacidad de los humanos para crear vínculos de relación personal.

Tal distinción entre la interacción técnica (o técnico-mediada) y la acción material (de enfrentamiento y redistribución; como pueden ser manifestaciones, boicots, etc.) llevó a Bennett y a Segerberg a trazar una tipología de acción en red que, no sin cierto pesimismo, pone en entredicho la capacidad de las nuevas tecnologías para provocar cambios sociales. Si bien la acción colectiva se puede dar, la pulsión de cambio puede quedarse en una mera acción conectiva (porque los individuos encuentran en la red una forma de afianzar sus puntos de vista, sin llegar a coordinarse; o porque se coordinan pero no sus propuestas no llegan a concretarse más allá de la posibilidad del medio que les coordina).

En este sentido, Villanueva Mansilla (2015), señala las críticas al “clicktivismo” que jamás se convierte en “activismo”:

Las críticas son similares: el “clicktivismo”, el reducir la acción política a dar likes o a expresar desagrado en una pantalla, es el único resultado de la acción creada por las conexiones digitales: ni votos ni movilización, solo acción individual delante de una pantalla.

Dicho esto, creo que hay razones fundadas para pensar que el activismo en red requiere de otros mecanismos para transformarse en una acción con consecuencias materiales. ¿Quizá que los propios activistas perciban sus propias condiciones bajo una amenaza inminente? ¿Quizá que la indignación supere un umbral colectivo de intolerancia ante la información criticada? Lo dejo al debate.

REAPROPIACIÓN DE LOS COMMONS

Un aspecto que estoy descubriendo conforme repaso la historia de internet es el tradicional enfrentamiento entre colectivistas y mercantilistas (entre asociados frente al interés de los

mercados financieros). Mejor dicho, la oposición de unos frente a la comodidad creciente de los otros.

El movimiento *cypherpunk* (no confundir con *cyberpunk*, el subgénero de la ciencia ficción) ya planteó que “no podemos esperar que gobiernos, corporaciones u otras enormes organizaciones sin rostro nos garanticen privacidad” (Eric Hughes 1993). Por eso su lema siempre ha sido que “los *cypherpunks* escriben código”, como un principio organizador de la acción individual de cara a construir una acción colectiva a escala global. En ese sentido, Timothy C. May (1994) ya propuso la implementación de tecnologías fuera del Establishment, como puede ser el conocido Bitcoin; la idea era un sistema de transmisión de divisas certificado por los miembros en relación horizontal (sin la injerencia de bancos centrales confirmando las transferencias o bancos nacionales acuñando dinero fiduciario). Otro ejemplo lo encontramos en Philip R. Zimmermann, que implementó varios algoritmos de encriptación para regalar al mundo su tecnología PGP.

No obstante, ¿consiguieron estos revolucionarios cuestionar el status quo, la deriva mercantilista que tomó internet a partir de los años 90? Parece ser que, pese a crear una serie de instituciones fuertes (Free Software Foundation, Electronic Frontier Foundation, Wikileaks, etc.) con cierta capacidad *lobbyista*, su influencia es marginal frente a los mercados.

Hoy en día, el discurso sobre la beneficencia de la tecnología *blockchain* (una idea en la que se apoya Bitcoin, que supone que todas las partes saben lo que hacen todas las demás) ha permitido que se recicle en discurso *cypherpunk* para generar mercados de especulación de divisa con menor control que el tradicional FOREX. Del mismo modo, la encriptación ha servido para asegurar plataformas de pago con dinero tradicional; tanto como para asegurar el secreto de las comunicaciones entre usuarios, pero siempre dentro de las plataformas gestionadas por las corporaciones (WhatsApp, Facebook, Instagram, por ejemplo) cuyo código, lejos del *free software* que han promovido los hackers fundadores de las tecnologías comentadas, está cerrado frente a las auditorías. Y algo similar ha pasado con Android, el sistema operativo hegemónico en los móviles, que capitalizó los esfuerzos del proyecto GNU/Linux en favor de una corporación que terminó sirviéndolo para hacer negocio con los metadatos.

En resumidas cuentas, los esfuerzos de unos han sido capitalizados por los otros en forma de nuevas tecnologías que afianzan el poder de los monopolios digitales, reinterpretan el discurso revolucionario y lesan la privacidad a la que se aspiraba.

Como explica Marta Peirano en *El enemigo conoce el sistema* (2018, p. 161):

La industria no podía rociarse con el perfume revolucionario del software libre tal cual estaba. La [licencia] GPL lo había blindado contra la explotación, la exclusividad y el monopolio. Así que introdujeron una pequeña reforma: ya no se llamaría software libre sino “open source” o código abierto. Y no usaría GPL sino otras licencias “parecidas” pero más modernas y molonas. Y vendría vestido con la capa de colores brillantes de lo que Stallman había querido evitar: el capitalismo.

En relación a esto, confío en los *commons* (Wikipedia, el software GPL, GNU/Linux, Archive.org, etc.) como un bien de interés público (no sin cierto relativismo, como explica Jaron Lanier en *You Are Not a Gadget*), pero no creo que la situación actual nos aleje de la idea de

que cada movimiento revolucionario en red afianza de un modo u otro el Establishment frente al que se contesta.

Y en la misma línea, no comparto la opinión de Álvarez-Benavides cuando dice que Podemos “es presentado como la traducción del éxito del movimiento de los Indignados en la escena política”. Doy por hecho que 1.) la cúpula de Podemos utilizó el contexto del 15M para arrogarse representarlo y 2.) ello ha devenido en la sustitución de una élite (casta) política por otra nueva, más sofisticada, que 3.) ha lesado los ideales revolucionarios de sus seguidores desafectos (una pingüe mayoría a la luz de los resultados electorales), y por tanto 4.) lesado el ánimo participativo del segmento popular contestatario y la credibilidad en el potencial revolucionario de la acción en la calle.

Así, nos quedan las preguntas: ¿qué posibilidad de acción tiene un movimiento contestatario fagocitado por su contraparte? ¿Cómo puede un movimiento defender sus herramientas de acción del contrario?

MANIPULACIÓN DE LAS INFORMACIONES

Percibo cierto optimismo en Castells, Pleyers, Álvarez-Benavides y Subirats. Entiendo que la distancia temporal con el presente, en el que hemos conocido casos como el de Cambridge Analytica, les impidió ponderar los efectos de los *new media*. Si bien los individuos pueden ser partícipes de su propia información (*prosumers*, *auto-comunicación*), parecen obviar el poder de estos medios como *gatekeepers* tanto como la injerencia de otros actores comunicativos con más poder de acción dentro de la red.

Como explica Marta Peirano en *El enemigo conoce el sistema* (2018, p. 257), las intenciones de agentes con los que compartimos un espacio comunicativo pueden ser espúreas:

La red social era polvo de hadas radiactivo: los [servicios secretos] rusos la usaban para dividir Estados Unidos, los macedonios para salir de la pobreza [a costa de lesar la transparencia de las elecciones en Estado Unidos]. En Myanmar se estaba utilizando para implicar a la población civil en un genocidio.

Y en lo relativo a la selección de información, tampoco es neutra. Parte de la creciente polarización de la sociedad en el último decenio se atribuye a la propia funcionalidad de los algoritmos que seleccionan la información que se consume en redes sociales (idem, p. 212):

El negocio no es venderles productos a los usuarios, sino vender los usuarios como productos a una industria hambrienta de atención [...] La plataforma decide qué noticias son importantes (como el New York Times, “las que es apropiado imprimir”) y no las muestra en orden cronológico, como si fuera un blog, sino que las edita para contarte una historia. Es un periódico personalizado y constantemente actualizado que además incluye contenido que tú no has escogido mezclado con lo demás.

En términos de Lanier (2018, p. 5), “algorithmic behaviour modification”.

Y aquí concluyo con dos preguntas: ¿en qué medida podemos confiar el cuestionamiento del Establishment a medios que deciden por sí mismos y sin previo aviso presentarnos Establishments personalizados? ¿Actúan las redes sociales como un catalizador de las necesidades sociales, o construyen problemas mediante la selección de *issues* que multiplican la afectación de la opinión pública en la medida en que la información se selecciona para provocar la participación?